

«. No me *emporre*:
 Ya le he dicho, caballero,
 Que busque con quién jugar,
 Que yo no soy su muñeco...
 Y, por último, que deje
 De *amolarme* con sus ruegos...»

¡Vamos!...
 ¿No era mucho mejor que no se cultiva-
 ra en Costa-Rica la poesía, sino el café úni-
 camente?

IV

Mas dejemos ya á Costa-Rica, y vámo-
 nos á Guatemala, que está cerca.

Aquí se nos presenta otro vate llamado
 Martín Ernesto, ó viceversa, con una com-
 posición *A una ave*, que no hay más que
 pedir... los auxilios espirituales á la parro-
 quia más próxima.

Porque en leyéndola es cosa de morir-
 se... de risa.

El vate se dirige *á una ave*, y de buenas
 á primeras la somete á un interrogatorio
 minucioso é impertinente, en esta forma:

«¿Por qué no cantas?...»

¡Toma! Pues porque no quiero ni me da
 la gana—podría contestar el ave si estuvie-
 ra de humor de entrar en disputas.—¿Qué
 te importa á tí que yo cante ó no cante?
 Canta tú si quieres hasta que te caigas de
 culo.

Pero en lugar de contestar de este modo, ó de otro parecido, á las importunas preguntas del vate, el ave toma el partido de no contestar ni una palabra, á pesar de lo cual el poeta sigue preguntándola tan cantante:

«¿Por qué no cantas?... Tu plumaje de oro
¿Por qué no luces, ave encantadora?...»

¡Otra y van dos!

Ya no solamente inquieta al versificador el que no cante el ave, sino el que no luzca su plumaje de oro.

¡Miren ustedes qué más le dará á él!

Pero es muy propio de todos los poetas malos el meterse en lo que no les importa, y el ser preguntones.

Bien se acordarán ustedes de que lo mismo hacía el Marqués de Auñón, antes de ser Duque de Rivas, con aquel árbol infeliz á quien molió á preguntas, casi todas insustanciales:

«Arbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre mis pasos á buscarte van?...»

Etcétera.

Y también se acordarán ustedes de que hacía otro tanto el Marqués de Valmar, cuando trataba de la mujer y decía:

«¿Por qué en su pecho como en *móvil lira*
De las obras de Dios *vibra* el acento?
¿Por qué feliz su corazón suspira?...»

Etcétera.

Por cierto, aquello de la *lira móvil* del Marqués de Valmar, dicen que fué lo que sugirió al *inolvidable* Ministro de Hacienda D. Juan Francisco Camacho, la idea del sello móvil con que tanto fastidió á la gente.

Y aún sigue fastidiándola después de difunto.

Pero volvamos á D. Ernesto que continúa preguntando al ave:

«¿Por qué no cantas? *Tu plumaje de oro*
¿Por qué no luces, ave encantadora?...
¿Por qué tu dulce voz no se une al coro
Que tus hermanas cantan á la aurora?
¿Por qué no cantas?...»

¿Otra vez?

¡Por qué no cantas, por qué no cantas!

A lo mejor porque no sabrá, ó porque cantará mal. Habla usted de *su plumaje de oro*; de manera que regularmente *el ave* interpelada será algún faisán, cuyo canto consiste en una serie de graznidos monótonos y desagradables; y si es así, si el ave esa tiene el convencimiento de que

canta mal, hace bien en no cantar, y yo la alabo el gusto.

¡Ojalá imitaran ese ejemplo algunos *poetas!*

Siga usted:

«¿Por qué no cantas, tierna amiga mía?
¿Lloras las penas?...»

¡Ahora sí que sale!... Pues si llora, ¿cómo había de cantar? Bien podía usted haberse fijado antes en que lloraba, para no atormentarla tanto con «por qué no cantas, por qué no cantas.»

«¿Por qué no cantas, tierna amiga mía?
¿Lloras las penas de un aleve amor?
¿Es por ventura que la suerte impía
Tronchó tu adorable ilusión en flor?»

¡Caracoles, qué verso!...
¡Y tanto preguntar al pájaro por qué no canta!

Más le valiera á usted hacer lo mismo, no cantar. ¡Lo que es para cantar así!

«Tronchó tu adorable ilusión en flor.»

¿Le parece á usted que eso es un verso endecasílabo?

Para que lo fuera habría que descoyun-

tarle y acentuarle de alguna de estas dos maneras:

«Tronchó tuadóra-blilusión en flor.»

O bien, es decir, ó mal igualmente:

«Troncho tuadorablilu-sión en flor.»

Aparte de que, de todos modos, eso no habría podido hacerlo la suerte impía *por ventura*, como usted dice, sino por desventura.

«¡Tronchó tu adorable ilusión en flor!»

¡Usted si que troncharía con ese verso nuestra ilusión, respecto de sus facultades poéticas, si la hubiéramos tenido!

Y vamos adelante.

Aquí el *poeta* para hacer al ave más fuerza y decidirla á cantar la arguye con el propio detestable ejemplo, diciéndola:

«Yo también sufro, y, *sin embargo*, canto...»

Sí, ya le oímos, y lo hace usted bastante mal, por cierto.

«Yo también sufro, y, *sin embargo*, canto;
Un amor tiene mi alma lacerada,
(*Si no es más que uno solo... eso no es nada*)

Y, sin embargo... (¡Bueno! y otro al canto,
Que es el segundo de la temporada.)

¡Mire usted que dos *sin embargos* en un solo cuarteto! Cuando uno solo no sería pasable, por ser *sin embargo* una de las frases más antipoéticas que se conocen.

«Yo también sufro, y, *sin embargo*, canto;
(Y yo sufro sus versos y me aguanto)
Un amor tiene mi alma lacerada,
Y, *sin embargo*, al ruido de mi canto
Se mezcla el de sonora carcajada.»

¡Claro! La carcajada del lector ó del oyente al encontrarse con una salida de tono como aquélla del *tronchamiento* de la *ilusión adorable*.

Por eso precisamente es por lo que, más cauta el ave, no quiere cantar, á pesar de las excitaciones de usted; porque no se rían de ella.

Adelante:

«¿A qué regar con llanto nuestra vida?
¿A qué apurar las heces del dolor?...
Pronto olvidamos la ilusión perdida
Y en nuestra alma ahogamos el amor.»

Ahogamos... olvidamos... Eso le pasará á usted, que será un coquetón de siete sue-

las. Pero ¿cree usted que á todos nos pasa lo mismo?

A más de que esos dos últimos versos del cuarteto no tienen nada que ver con los anteriores.

Como tampoco, ni los últimos ni los primeros, tienen nada que ver con el ave preguntada y repreguntada al principio de la composición con tanto ahínco.

Mas en el cuarteto siguiente, que, gracias á Dios, es el último, el *poeta* vuelve á dirigirse al ave, aunque ya no en tono de pregunta, sino en tono de consejo, con mucho cariño y muy poca prosodia, diciéndola:

«Canta, mi adorable avecilla, canta.»

¡Dí que no quieres, avecilla, ó avechicho, ó lo que seas! Para cantar así, como él, no quieras cantar.

¡Caramba con el hombre! Cuando más descuidado va el lector leyendo sus versos, en la seguridad de que no tendrán sustancia, pero confiado en que sonarán siquiera regularmente al oído, le suelta uno de esos destempanantes.

Como aquél de arriba:

«Tronchó tu adorable ilusión en flor.»

O como éste de ahora:

«Canta, mi adorable avecilla, canta...»

¡Es que no acabo de entender cómo puede creer D. Ernesto que eso sea un verso endecasílabo!

Acabemos:

«Canta, mi adorable avecilla, canta;
Despliega *altiva* tus doradas plumas...»

Así; que no pase ninguna cosa sin su adjetivo.

«Canta, mi adorable avecilla, canta;
Despliega *altiva* tus doradas plumas,
Y entona himnos al sol que se levanta
Disipando las intangibles brumas...»

¡Caspitina!... Es que cada vez van desnudeando más los malos versos.

Lo que vale es que este cuarteto ya es el último, que si viniera otro después, probablemente tendría todos los cuatro versos descompuestos.

Comenzó el vate por poner uno solo en el segundo cuarteto, y en el quinto ya puso dos.

Con que si los cuartetos fueran diez y

ocho ó veinte, no es fácil saber cómo había de concluir.

¡Cuidado con los versitos que gasta el hombre!

«Canta, *miadóra-bleavecilla*, canta...
Disipandólas-intangibles brumas...»

O si no:

«*Cantamiadorableáve-cilla*, canta,
Disipandolasintan-gibles brumas.»

Afortunadamente es casi seguro que el ave no se dejará inducir por los malos consejos y peores ejemplos del poeta guatemalteco, y seguirá no queriendo cantar.

O á lo menos, aun cuando cante alguna vez, no lo hará tan mal como el susodicho vate.

Sin salir de Guatemala, y para que no se diga que sólo critico versos de poetas oscuros y desconocidos, verán ustedes qué versos escribe D. Fernando Cruz, académico de la Guatemalteca correspondiente de la Española.

Se dirige á su *hijo José al cumplir dos años*, y le dice:

«Llorando te saludo, *hijito* mío...»

Pase el *hijito*, aunque me recuerda aquello de Mariano Catalina:

«Estos versos te dirijo
A tí, amigo Salustiano,
Y á *Salustianito*, tu hijo.»

Pase el *hijito* y pase lo prosáico del sa-

ludo, que, tratándose de un niño de dos años, es, además de prosáico, impropio.

«Llorando te saludo, *hijito* mío;
Que en el *albor rosado*...»

Pase el *alborrosado*, por más que no deban hacerse tales conjunciones de letras.

«Llorando te saludo, *hijito* mío;
Que en el *alborrosado* de la edad
Ya te *circunda* aterrador vacío,
La *negra* noche y el *punzante* frío...»
(Pues abriguele usted... ¡por caridad!)

Y no le enseñe usted desde tan chiquitín á llamar motes á las cosas; porque si se acostumbra ahora á oír llamar á la noche *negra* y al frío *punzante*, cuando sea más grandecito y dé en hacer versos, que si dará, no va á dejar cosa sin epíteto.

Repitamos la estrofa completa:

«Llorando te saludo, *hijito* mío;
Que en el *albor rosado* de la edad
Ya te *circunda* aterrador vacío,
La *negra* noche y el *punzante* frío
De *lúgubre* orfandad.»

Ahí está el académico bien caracterizado, disparando epítetos *deum dedere*, ó dé don-

de diere, que traduciría algún Commelerán de la clase.

Ahí está el académico echando á perder un asunto hermoso con sus malos versos, embadurnando el sentimiento con una trullada de adjetivos chillones y desproporcionados...

Carmines fædo splendida facta linunt, que decía Horacio de los académicos de su tiempo.

El albor de la edad, *rosado*; el vacío que *circunda* á la pobre criatura, *aterrador*; la noche, *negra*; el frío, *punzante*, y la orfandad, *lúgubre*...

A más de suprimirle el artículo al vacío, porque no cabría en el verso tercero, y poner luego artículos á la noche y al frío para rellenar el verso cuarto.

¿Qué razón habría si no para decir «ya te circunda aterrador vacío», sin artículo, y añadir en seguida «la negra noche y el punzante frío», con artículo?

Otra estrofa:

«Aquel *risueño* hogar en que viniste
Dos años há no más á la existencia...»

Feo, duro y prosáico, muy prosáico es este segundo verso.

Al que le oiga leer sin verle escrito, le parecerá que la *Existencia* es alguna pana-

dera retirada, que hace ya dos años que no masa.

«Dos años há no masa-la Existencia.»

Aparte de lo infeliz é impropio de la frase «venir á la existencia», por venir á la vida ó venir al mundo.

Y aparte de que no es de creer que el niño naciera en el hogar.

Sigamos:

«Aquel risueño hogar en que viniste
Dos años há no más á la existencia,
Está solo y oscuro, helado y triste...»

¡Ya escampa!

Nos parecía mucho un epíteto en cada verso, y aquí hay en un solo verso cuatro epítetos. Vámos, que es un verso todo de epítetos, todos aplicados al hogar que antes era risueño y ahora está solo, oscuro, helado y triste.

Adelante:

«Tu santa madre, la mujer bendita
Que fué todo mi bien y mi consuelo
Y con ternura nos amó infinita,
Ya en este valle de dolor no habita...»
(¡Partiónos por el medio!)

El vate no lo dice así; pero lo hace.

Porque al final de una estrofa que iba siendo buena, salvo los dos epítetos del primer verso, y aun aquéllos se podían perdonar, pone un

«Partióse para el cielo»

que efectivamente parte por la mitad á cualquier lector que se haya ido entusiasmando, especialmente en el cuarto verso, que es inmejorable.

Vamos andando:

«La muerte, siempre en insidioso acecho
De cuanto imite aquí felicidad...»

¿Otra vez los agudos?...

Cuando se adoptan consonantes agudos para el medio y final de una estrofa, se deben seguir empleando en todas; porque hace muy mal efecto al lector delicado de oído, después de una estrofa de terminación aguda, encontrarse con otra de terminación llana, y viceversa.

Además, el adjetivo *insidioso*, aplicado al acecho, es muy feo y muy ripio...

Como que significa lo mismo que el sustantivo al que se quiere que modifique, y tanto valdría decir en *acechoso acecho*.

Y además el segundo verso es todo él muy prosáico.

«La muerte, siempre en *insidioso acecho*
De cuanto imite aquí *felicidad*,
Rompió de nuestro amor el nudo estrecho,
Dejando sólo ya bajo mi techo
Lágrimas, soledad...»

No hay en toda esta estrofa más que un verso bueno: el tercero. Los demás están llenos de prosaísmos. El quinto es pesado, áspero y frío.

Vamos á ver si hallamos otra estrofa más completa:

«En vez de las *festivas* colgaduras
Con que ella *nuestro hogar* adornaría...»

¡Hombre! ¿El *hogar* precisamente?...

Adornaría los balcones, la casa, si usted quiere; pero no el hogar.

Hogar es materialmente el sitio donde se atiza; *fogar*, donde se hace *fuego*. Por extensión se suele llamar hogar á toda la habitación donde la familia se calienta á la lumbre, y alguna vez á toda la vivienda; pero no se debe abusar de estas extensiones.

Además, á las colgaduras no se las llama *festivas* aunque sean de día de fiesta; se las llama *lujosas, vistosas... etc.*

«En vez de las *festivas* colgaduras
Con que ella *nuestro hogar* adornaría,
No hay más que sombras de pesar oscuras,
Desolación, tristezas y amarguras...»

No se entusiasmen ustedes demasiado. Pues aun cuando hasta ahora no va mal del todo, ya cuidará el vate académico de apagar el entusiasmo que pudiera ir naciendo en los lectores, echándoles su correspondiente jarro de agua.

Antes nos *partió* con aquel prosáico «*partióse para el cielo*».

Ahora... verán ustedes:

«En vez de las *festivas* colgaduras
Con que ella nuestro hogar adornaría,
No hay más que sombras de pesar oscuras,
Desolación, tristezas y amarguras...
¡*Se fué nuestra María!*»

Y, es claro,

¡*Se fué la poesía!*

¿Cómo no había de irse con ese *se fué...* tan pedestre y tan desdichado?

El buen Gustavo Becker también proporcionó á sus lectores un frío y cruel desengaño con aquel frío y cruel *desengañate*

con que terminó el penúltimo verso de la última estrofa de *Las golondrinas*.

Pero Becker al cabo no lo hizo más que una vez, mientras que el Sr. Cruz lo hace á cada paso.

Y hace otras cosas tan malas ó peores. Verbigracia:

«*Ingrata con nosotros la fortuna
Para volver más duros sus rigores,
Muy cerca de las flores de tu cuna,
De esa tumba, querida cual ninguna,
Sembró las tristes flores.*»

¡*Cual ninguna!*... Cual ninguno estoy por decir que es ese ripio, y eso que los hay muy grandes...

Más adelante dice el vate al niño:

«Yo ¿qué te podré dar, cansado y triste,
Si hay sólo, desde que ella no existe,
(¡Ay qué mal verso hiciste!)
Lágrimas y aflicción?»

Y concluye el vate preguntando:

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?...»

Eso no se puede saber hasta que no vayan pasando los años.

Pero tampoco se podría saber aun cuando el niño no fuera huérfano de madre.

¿Quién sabe lo que ha de ser de los niños, aun cuando tengan padres que cuiden de ellos?

«Sólo Dios tiene la llave
De su oscuro porvenir»,

como dijo Zorrilla.

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?
¿Cuál será, sin su madre, *el porvenir?*»

¿El porvenir de quién?... Porque había que decirlo. Como dice arriba ¿cuál será la suerte del huérfano? había que decir abajo ¿cuál será *el porvenir* del huérfano? ó para no repetir la palabra *huérfano*, decir ¿cuál será *su porvenir?*

Pero diciendo sólo ¿cuál será el porvenir? no resulta clara la referencia.

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?
¿Cuál será, sin su madre, *el porvenir?*...
¿Cómo escoge sus víctimas la muerte!...»

¡Anda, salero!... Al mejor preguntar, y sin esperar la contestación á las preguntas ni suponerla, sale con esa reflexión extemporánea... y falsa.

Porque además no es verdad que la muerte escoja sus víctimas. Las escoge Dios en sus altos é inescrutables juicios.

La muerte, aun considerándola poéticamente como un sér, como un esqueleto humano armado de guadaña, no escoge ni hace nada más que ejecutar las órdenes de Aquél que todo lo rige y gobierna.

Así lo reconoce el cantar popular que dice:

«No tengo miedo á la muerte
Aunque la encuentre en la calle;
Que, sin licencia de Dios,
La muerte no mata á nadie.»

Ya ve el Sr. Cruz cómo no ha estado acertado en eso de presentar á la muerte escogiendo sus víctimas.

Pero concluyamos la estrofa:

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?
¿Cuál será, sin su madre, *el porvenir?*...
¡Cómo escoge sus víctimas la muerte!
¡Ay, las madres, las madres, digo *al verte*,
Debieran no morir!»

Frío y pobre es este final como casi toda la composición, pues sólo en muy contados y muy breves pasajes está el autor á la altura del asunto.

Y es que el Sr. D. Fernando Cruz no es poeta.

No le otorgó Dios el numen ni la inspiración, y excusado es porfiar: cuando Dios no da esos dones, de nada sirve entrar en una Academia para alcanzarlos; porque como dice aquel aforismo latino, que modificaré ligeramente: *Quod natura non dat, Academia non prestat.*